



Vida consagrada, ¿para quién eres?



Material para la
**JORNADA MUNDIAL
DE LA VIDA CONSAGRADA**
2 de febrero de 2026



© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

ÍNDICE

Presentación	3
Testimonios	7
Compromisos del año jubilar en la vida consagrada	9
En el horizonte el Jubileo de la Esperanza: huella, desafíos, preguntas y caminos para la vida consagrada en educación..	16
La reconciliación, levadura de esperanza.....	23
La vida consagrada, en la pastoral con jóvenes.....	26
Retos del Jubileo de la Esperanza a la vida consagrada.....	30
Personas. Carismas. Misión.....	35
Para orar y agradecer.....	39
Textos del papa León XIV	41
Oración de la Jornada	47

PRESENTACIÓN

Vida consagrada, ¿para quién eres?

La XXX Jornada Mundial de la Vida Consagrada se celebra pocos días antes de cumplirse el primer aniversario de un significativo acontecimiento de la Iglesia que peregrina en España: el Congreso de Vocaciones. Asamblea de Llamados para la Misión, con el lema «¿Para quién soy?».

Motivados por este encuentro de comunión fraterna entre todas las vocaciones, nos hacemos eco de su celebración, hace un año, en la nuestra del 2 de febrero de 2026, puesto que la vida consagrada debe seguir construyendo la cultura vocacional para tomar conciencia de que cada uno somos una vocación para la misión.

El lema que hemos elegido este año para la Jornada en España pone de relieve que la pregunta por la propia identidad (¿qué o quién soy?) es ineludible, pero quedarse solo en ella entraña algunos peligros, sobre todo si la mirada un tanto obsesiva sobre nosotros mismos termina por impedirnos ver a quienes, estando más allá de nosotros, conforman nuestro horizonte último de vida y misión.

Con el fin de evitar la autorreferencialidad —un peligro presente para la vida consagrada, como nos advirtió en diversas ocasiones el papa Francisco—, a los consagrados, siempre sedientos de ahondar en nuestra identidad (mirada centrífuga), nos viene muy bien reparar a la vez en los rostros que pueblan nuestro paisaje de sentido (mirada centrípeta). El primero es el polo de las raíces; el segundo, el de las alas.

Sabemos que no le crecen alas a quien no tiene raíces, pero tampoco se le conservan las raíces a quien no despliega las alas. Por eso, con deseo y decisión tanto de oblación como de dedicación plena a los otros, la vida consagrada no puede cesar de preguntarse: ¿para qué o para quién soy?

Cuando los consagrados dejamos resonar esta pregunta sobre nosotros mismos y nuestros hermanos y hermanas, su impronta se refracta

en tres interrogantes que ahondan y desarrollan el lema para esta XXX Jornada Mundial:

1. *Vida consagrada, ¿a quién llamas?* La vida consagrada es para aquellos a los que es capaz de convocar, a los que transmite que Dios enamora para hacer vida, en unión con él, muchas teselas del Evangelio de Jesús que hombres y mujeres inspirados por el Espíritu han iniciado antes que nosotros, con grandes dificultades, pero, sobre todo, con un amor apasionado por el Señor que llama y por la humanidad que lo necesita a él.

La vida consagrada es para los que vienen a ella por su cauce, para aquellos a los que llama como eco de la voz de Dios —siempre antigua y siempre nueva— que persuade, guía al desierto, habla al corazón y abre una puerta de esperanza (cf. Os 2,16-17).

La cuestión vocacional, que tanto nos preocupa en estos tiempos y estas latitudes, no es solo una urgencia coyuntural, que también, sino sobre todo una exigencia carismática: somos para aquellos a quienes llamamos a través de nuestro amor evangélico; o mejor, para aquellos a los que el Señor llama, también a través de nosotros, a vivir a fondo la fe cristiana y la entrega de la vida.

En este sentido, este primer interrogante nos conecta con el núcleo del voto de *castidad*, que es el del amor centrado en Dios y ofrecido a todos; particularmente, a quienes el Señor quiere llegar con una palabra veraz de claridad y calidez. Él es el camino de luz y esperanza que nos lleva al amor infinito. Un amor que contribuye a la *comunidad* fraterna sinodal que la vida consagrada está urgida a tejer en su seno y con el resto del pueblo de Dios en camino, propiciando una *conversión de las relaciones* por amor.

2. *Vida consagrada, ¿a quién buscas?* La vida consagrada es para Dios, a quien cada persona consagrada busca. Es para el único, para el absoluto, para el Padre, para el Señor. No hay nada más importante que aquello —aquel— que cada persona consagrada busca. Vivir en tensión permanente el *querere Deum* es no solo la fuente de la que brota la consagración de la vida —su razón de ser, su raíz más íntima, su verdad última—, sino también la tarea fundamental de nuestro quehacer cotidiano.

La vida consagrada es para Dios y escrutar su rostro cada día es parte sustancial de su misión. En este sentido, este segundo interrogante nos da la medida del voto de *obediencia*, que es el del amor que desea al Señor, a Cristo Hijo de Dios vivo, a quien quiere ir y de cuya palabra de vida eterna quiere vivir, como confiesa Pedro (cf. Jn 6,68); para que todo lo que se entreteje con el pasar de la vida y de los rostros penda de la voluntad de Dios.

En el Señor fijamos los ojos, pues es luz y cayado para discernir los pasos del proceso sinodal en el que la *participación* de las personas consagradas en la Iglesia particular y universal se hace imprescindible por su consagración bautismal y vocacional.

3. *Vida consagrada, ¿a quién sirves?* La vida consagrada es para los pobres, a quienes se entrega. Es para el que ha sido privado de la compañía y el consuelo de los hombres, pero nunca de Dios, que se abaja para servirle. Y en ese servicio a los desamparados el Señor no quiere estar solo; quiere a su lado a los hombres y mujeres que han conocido su amor y saben que se puede vivir de él y de su Palabra en toda circunstancia, también —quizá especialmente— en las más aciagas y las más adversas.

En este sentido, este tercer interrogante remite al voto de *pobreza*, que es el del amor que se contenta sencillamente con la presencia del amado y de los amigos del amado; y no necesita nada más que ser cercano y estar disponible para los que no tienen a nadie que sea y esté con ellos, sin asustarse de su humillación ni huir de su pobreza.

Una pobreza que es puerta abierta de esperanza a la austeridad liberadora y a la generosidad que brota de la gratuidad. Una pobreza que se hace puente de esperanza desde quienes, con sus votos y su fraternidad, se saben vulnerables, necesitados de amor, sanación y liberación hacia los que sufren la fragilidad, como nos muestra Dios encarnado, pobre y humilde.

La *misión* de la vida consagrada, que llega a todos, tiene una predilección irrenunciable por los pobres y por las periferias geográficas y existenciales. Es otra de sus contribuciones para ser una *Iglesia sinodal en misión*.

Buscando respuesta a cada una de estas cuestiones, encontramos el modo de extender y fortalecer hoy, como bautizados con nuestra vocación de personas consagradas, *la comunión, la participación y la misión* en la Iglesia, tal y como el último sínodo y su proceso de implementación nos invitan a realizar.

Pero, sobre todo, recorriendo estos tres interrogantes, descubriremos que el corazón de la persona consagrada se vuelve menesteroso y agradecido a su Señor. Agradecido, porque el Señor no deja de salir a su encuentro y sacudir sus comodidades, preguntando: «Vida consagrada, ¿para quién eres?»; y menesteroso, porque nunca termina de responder con toda verdad y generosidad a la pregunta y necesita que el Señor la siga pronunciando sobre él. Vivir bajo esa pregunta sin dejar de ensayar la mejor respuesta es ya una forma de fidelidad que refleja la de Dios.

«Vida consagrada, ¿para quién eres?» se convierte así en algo más que un lema: es un eco de la Palabra viva que, vivida en clave de consagración, amplía nuestros horizontes de *comunión, participación y misión*. Aquellos en los que podemos enriquecer a muchos —y a nosotros mismos—, poniendo en juego nuestra vida de dedicación entera a Dios y a los hermanos a través de la vivencia plena de la *castidad, la obediencia* y la *pobreza*, verdadero don profético de las personas consagradas para toda la Iglesia y para los hombres y las mujeres de buena voluntad.

XXX Jornada de la Vida Consagrada, 2 de febrero de 2026

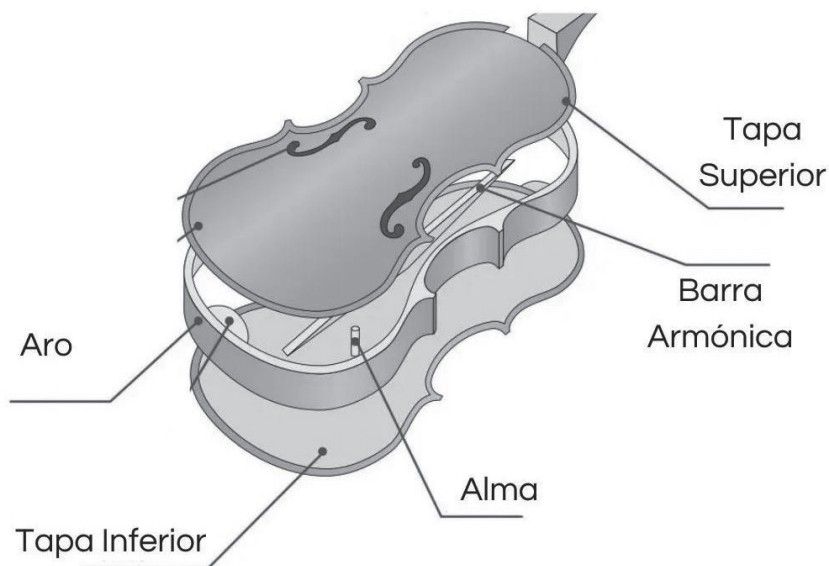
SRES. OBISPOS DE LA COMISIÓN EPISCOPAL
PARA LA VIDA CONSAGRADA

TESTIMONIOS

**«Sean verdaderamente pobres, mansos,
hambrientos de santidad, misericordiosos,
puros de corazón, aquellos gracias a los cuales
el mundo conocerá la paz de Dios»**

LEÓN XIV, Homilía en el Jubileo de la Vida Consagrada (9-10-25).

Compromisos del año jubilar en la vida consagrada



Utilicemos la imagen de una caja resonancia para hablar de la vida consagrada y de las huellas que el año jubilar 2025 ha dejado en nuestras comunidades. Creo que cada persona, y cada comunidad, es una caja de resonancia de todas las melodías que vamos cantando por el camino, mientras peregrinamos por los senderos de nuestros carismas.

Como veis en la caja de resonancia, la tapa superior y la tapa inferior, junto con el aro o «faja» curvada, son los elementos externos que están a la vista. En el interior se encuentra el bastidor o barra armónica, que es una estructura de refuerzo de las tapas, y otro elemento, que casi pasa desapercibido, y que se llama «alma».

El alma, en instrumentos de cuerda, es una pieza cilíndrica de madera que conecta, a modo de columna, las tapas superior e inferior de la caja de resonancia. Esta pieza va sujeta por presión y sus funciones son principalmente dos:

- Una función estructural: el alma permite distribuir la presión que el puente del instrumento musical ejerce sobre la tapa superior,

transmitiendo parte de esta presión a la tapa inferior y evitando que la tapa superior se hunda.

- Y una función acústica: el alma juega un papel fundamental en la emisión sonora del instrumento. El sonido es más claro, y mucho más potente, que el que produciría el mismo instrumento despojado del alma.

De modo análogo, estas breves líneas quieren ser esta «alma», que —como una columna pequeña— quite presión al día a día de nuestras jornadas, y permita que no se hunda en el olvido todo lo vivido en este Jubileo 2025, haciendo resonar claro y fuerte los mensajes —que hemos acogido en una escucha atenta y gozosa—, y que son una semilla de vida renovada que hay que cuidar.

1. Por el camino de la paz que nos da Cristo Jesús

Lo primero que nos ha quedado grabado a fuego es que somos peregrinos de esperanza por el camino de la paz, en la comunión, y en la riqueza de nuestros diferentes carismas, culturas e historias. No olvidemos que hay una llamada constante en nuestra consagración a dar testimonio de que: «La paz no es un sueño lejano, sino un camino que se recorre cada día, paso a paso, con el corazón vuelto al Señor»¹.

Como la música saca lo mejor y más noble de la persona, la melodía del jubileo vivido vuelve a sacar de nosotros hoy los mejores deseos de hacer realidad estas invitaciones oídas y cantadas. La clave de la partitura de nuestra consagración es: «con el corazón vuelto al Señor», y desde aquí caminar de corazón hacia los hermanos.

Sí, el peregrino no es dueño de la tierra que pisa, sino que la habita con respeto y gratitud. Todos nosotros vivimos en el mundo sin pertenecer a él, llevando en el corazón la certeza de que Dios camina con nosotros, nos alienta, nos da luz por el camino, es nuestro descanso y nos hace mirar a la meta con ilusión. Caminamos no como huérfanos, sino como hijos queridos, hacia una meta mayor, que ya se nos recordaba en

¹ Cf. Cardenal ÁNGEL F. ARTIME, SDB, proprefecto del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Peregrinos de esperanza en el camino de la paz*, en las vigilias de oración en el Jubileo de la Vida Consagrada (8-10-2025).

la Vigilia de oración del Jubileo de la Vida Consagrada: *el reino de amor y paz* que Cristo inauguró con su Pascua.

Con esta meta, merece la pena lidiar con las dificultades del camino, siguiendo a María, nuestra Madre.

2. Los pasos de María, Madre de la Iglesia

En este camino que recorremos, hay un camino exterior que pisar y uno interior que cuidar. María se puso en camino, y fue a la región montañosa, dice san Lucas. Llegó de prisa a una ciudad de Judá. Y de su caminar, nos dijeron al inicio del jubileo: «Es una imagen de una peregrinación interior y exterior: María lleva en sí la esperanza del mundo y la transforma en encuentro, cercanía y servicio. No se queda quieta, no se encierra en su propia gracia, sino que se convierte en mensajera de alegría y paz».

Nosotros también, como ella, estamos llamados a salir de nuestra propia gracia, para comunicarla a los demás, con palabras de caridad sonora y gestos de entrega fraterna. Se renueva nuestra consagración, si recorremos de verdad tanto el camino interior, que acoge el don de Dios, como el exterior que acompaña los pasos de la comunidad.

3. Peregrinación de disponibilidad

Cierto que cada vida consagrada es *una peregrinación de disponibilidad*, que se manifiesta en lo concreto de llegar a los demás, y llevar la presencia de Cristo que habita en nosotros, hacer resonar la alegría del Evangelio en los lugares donde la esperanza es frágil, empezando por los más cercanos y llegando a todos.

Pero, especialmente, resonó en nuestros corazones estas palabras acerca de nuestra Madre: «María no trae palabras, sino una presencia que despierta la vida». Y este despertar nuestro, gracias a María, es para una misión concreta: «Ser presencia pacificadora», no mediante grandes gestos, sino con la ternura, la escucha y la fidelidad cotidiana, que generan comunión y reavivan la esperanza. Los gestos duros no aportan nada a nuestra peregrinación, la delicadeza crea comunión.

Y es que, ser peregrinos de la esperanza, transitando los senderos de la paz, significa caminar con «un paso humilde», recibiendo luz en los días de niebla, llevando luz donde hay oscuridad, y conservando la paz interior, para poder compartirla con los demás. La soberbia engendra división, la humildad crea y recrea la unidad.

Cada una de las palabras que se nos han entregado es una lámpara encendida, para no perder de vista que nuestro caminar es en fraternidad. Avivemos y cuidemos esta luz cada día en nuestras comunidades.

4. Caminar en fraternidad

Decía el papa León XIV, con la sencillez que le caracteriza:

Sabemos bien que la fraternidad no es algo ni inmediato, ni que se pueda dar por descontado. Es más, los conflictos, y tensiones parecerían demostrar lo contrario. Sin embargo, la fraternidad no es un hermoso sueño imposible, no es un deseo de unos pocos ilusos. Para superar las sombras que la amenazan, hay que ir a las fuentes y, sobre todo, obtener luz y fuerza de aquel que solo nos libra del veneno de la enemistad. La palabra «hermano» deriva de una raíz muy antigua, que significa ‘cuidar, preocuparse, apoyar y sustentar’. Aplicada a cada persona humana, se convierte en un llamamiento, una invitación².

Por eso, volvamos a escuchar con humildad esta invitación, y respondamos a la interpelación que desde los orígenes del mundo se nos dirige: ¿dónde está tu hermano?, que realmente es un recordatorio de lo que somos, creados para la fraternidad.

Dejemos que, el resonar de toda la riqueza de mensajes en el jubileo vivido despierte de nuevo nuestras vidas y las vuelva a reorientar hacia la esperanza cristiana sin desfallecer.

5. Pedir, buscar, llamar

Y tras este comienzo, resonaron tres palabras gancho, que concatenaban los diversos mensajes, y que como perlas preciosas se nos fueron dando: *pedir, buscar y llamar*.

² Cf. LEÓN XIV, *Audiencia general* (Plaza de San Pedro, 12-11-2025).

«Pedir», «buscar», «llamar» son los verbos de la oración, usados por el evangelista san Lucas (cf. Lc 11,9). Y el papa nos invitaba desde ellos a un verdadero memorial:

Pedir, buscar, llamar quiere decir también mirar hacia atrás la propia existencia, trayendo a la mente y al corazón todo lo que el Señor ha realizado, a lo largo de los años, para multiplicar los talentos, para acrecentar y purificar la fe, para hacer más generosa y libre la caridad. A veces esto ha sucedido en circunstancias alegres, otras veces por caminos más difíciles de entender, tal vez a través del crisol misterioso del sufrimiento. Siempre, sin embargo, en el abrazo de esa bondad paternal que caracteriza su actuar en nosotros y a través de nosotros, por el bien de la Iglesia³.

Sí, tras las alegrías y las dificultades, siempre está «el abrazo de esa bondad paternal» de Dios, que llena de sentido cada acontecimiento y que hemos de acoger en toda etapa del camino. De esta forma, el papa León XIV unía «oración y vida» en un único caminar, porque la historia nos enseña que, de la experiencia de Dios, brotan siempre impulsos generosos de caridad.

Por eso, el envío misionero de todo consagrado, que es el hilo de oro en el telar de nuestra vida, quedó expresado por el papa en una preciosa invitación:

Para ser verdaderamente feliz, el hombre no necesita de eso, sino de experiencias de amor consistentes, duraderas, sólidas, y ustedes, con el ejemplo de su vida consagrada, como los árboles exuberantes de los que hemos cantado en el salmo responsorial (cf. Sal 1,3), pueden difundir en el mundo el oxígeno de ese modo de amar⁴.

Cada uno de nosotros, desde nuestro propio carisma, tenemos un arte que desarrollar: «difundir al mundo el oxígeno» del amor evangélico, es la misión más bella que puede existir, con el gozo de aportar nuestro granito de arena, para que esta generación respire a pleno pulmón. Y, asimismo, con el desarrollo de nuestros carismas, evoquemos la dimensión escatológica de la vida cristiana, que nos quiere comprometidos en el mundo, pero al mismo tiempo constantemente orientados hacia la eternidad. Es una invitación a que extendamos el «pedir», el «buscar» y el «llamar» de la oración y de la vida, al horizonte eterno

³ Cf. LEÓN XIV, *Homilía de la santa misa del Jubileo de la Vida Consagrada* (9-10-2025).

⁴ *Ibid.*

que trasciende las realidades de este mundo, para —con palabras del papa— orientarlas hacia el «domingo sin ocaso en el que la humanidad entrará en el descanso».

6. Despertar el mundo

Cada una de las palabras del jubileo han ido despertando nuestras vidas a ser cajas de resonancia, que guarden los sonidos de Dios, para «despertar el mundo», que dormita en el sinsentido y la confusión. Este despertar resonó con fuerza en el encuentro del papa con los consagrados participantes, y para ello nos invitó a «estar arraigados en Cristo», porque:

Solo así, podrán cumplir la misión de manera fecunda, viviendo la vocación como parte de la maravillosa aventura de seguir más de cerca a Jesús. Unidos a él, y en él entre ustedes, sus pequeñas luces se convierten en el trazado de un camino luminoso en el gran proyecto de paz y salvación que Dios tiene para la humanidad⁵.

No lo echemos en saco roto, nuestras pequeñas luces se transforman en un «camino luminoso» cuando las unimos, ninguna pequeña llama es inútil, todos nos necesitamos. ¿Lo creemos de verdad?

Es para cada uno de nosotros la cálida exhortación del papa León XIV a «volver al corazón», como el lugar en el cual redescubrir la chispa que animó los inicios de la historia de nuestros carismas, porque es en el corazón donde se produce la «paradójica conexión entre la valorización de uno mismo y la apertura a los demás, entre el encuentro personalísimo con uno mismo y el don de uno mismo a los demás» (*Dilexit nos*, 18)⁶.

En tiempos difíciles, solo nos queda aportar lo mejor que tenemos cada uno, por eso el santo padre añadía: «Es en la interioridad, cultivada en la oración y en la comunión con Dios, donde echan raíces los mejores frutos del bien según el orden del amor, en la plena promoción de la singularidad de cada uno, en la valorización del propio carisma y en la apertura universal de la caridad».

⁵ Cf. LEÓN XIV, *Discurso en el encuentro con los participantes* (10-10-2025).

⁶ Cf. FRANCISCO, carta encíclica *Dilexit nos* (Roma, 24-10-2024). Citado por el papa León XIV en el *Discurso a los consagrados participantes*.

Y junto a este «aportar lo mejor de nosotros», es importantísimo mirarnos bien unos a otros, siendo en cada jornada «personas que llevan en sí mismas, por la gracia de Dios, la huella de la reconciliación y la unidad [...] en el respeto por las diferencias, con esa fe que los hace reconocer en cada ser humano un único rostro sagrado y maravilloso: el de Cristo».

7. Un diálogo doméstico como misión

Desde esta fe, hemos sido invitados a acoger como misión apasionante «un diálogo doméstico», del que habló san Pablo VI⁷, que desarrolle la sinodalidad propia de la Iglesia, para poder vivir cotidianamente valores tales como la escucha recíproca, la participación, el intercambio de opiniones y capacidades, la búsqueda común de caminos según la voz del Espíritu. Y cuando sea necesario, superando divisiones, perdonando injusticias sufridas, pidiendo perdón por las cerrazones y los errores.

Custodiemos todas estas maternales invitaciones que la Iglesia nos ha ofrecido en el jubileo, sin dejar de mirar el mañana con serenidad y confianza, y sin miedo de tomar decisiones valientes. Nuestra esperanza, decía el papa León XIV, no se basa en los números ni en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza, y para quien nada es imposible. Esta es la esperanza que no defrauda, y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, hacia el cual debemos mantener nuestra mirada, conscientes de que es hacia él hacia donde nos impulsa el Espíritu Santo, para seguir haciendo grandes cosas con nosotros.

M.^a PILAR AVELLANEDA RUIZ, CCSB
Monasterio de La Encarnación (Córdoba)

⁷ Cf. PABLO VI, carta encíclica *Ecclesiam suam* (Roma, 6-8-1964) 117.

En el horizonte el Jubileo de la Esperanza: huella, desafíos, preguntas y caminos para la vida consagrada en educación

«La historia de la vida consagrada es una respuesta creativa a los desafíos de cada época»

El Jubileo de la Esperanza ha sido un acontecimiento eclesial que ha marcado profundamente la vida de la Iglesia en clave sinodal. Nos ha invitado a caminar juntos, escuchando los signos de los tiempos en corresponsabilidad y misión, especialmente en el ámbito educativo, donde la vida consagrada, arraigada en Cristo, tiene una historia fecunda y un presente lleno de retos.

En un mundo atravesado por la fragmentación cultural, la aceleración tecnológica y la crisis de sentido, el jubileo ha recordado que educar es un acto de esperanza. No se trata únicamente de transmitir conocimientos, sino de regenerar vínculos, despertar la interioridad y abrir horizontes de fraternidad. Las palabras del papa León XIV en las audiencias jubilares y en sus encuentros con educadores y con la vida consagrada siguen resonando con fuerza: la educación es «una de las herramientas más hermosas y poderosas para transformar el mundo», dijo a los hermanos de las Escuelas Cristianas, pero necesita recuperar su alma.

En este contexto, los papas Francisco y León nos llaman a renovar la misión educativa con creatividad y espiritualidad: volver al corazón, cuidar la interioridad y revitalizar el carisma original de cada instituto, para que nuestra presencia no se reduzca a funcionalismo o a la gestión de obras, sino que seamos signo profético del reino en medio de una cultura que absolutiza lo material y deja atrás los valores más significativos del humanismo cristiano, de la verdad y la misericordia.

Una de las huellas profundas que deja este jubileo para la vida consagrada en la educación toca a la reafirmación de su misión histórica, destacando nuevos desafíos —desde la desigualdad educativa hasta la irrupción de la inteligencia artificial— y trazando caminos que exigen audacia: fortalecer redes globales, formar educadores como testigos,

integrar tecnología con discernimiento y situar a la persona en el centro. No basta con conservar lo recibido o analizar indefinidamente las disminuciones; es necesario diseñar nuevos mapas de esperanza para que la educación siga siendo semilla de Evangelio y fermento de humanidad.

1. La huella del jubileo en las congregaciones religiosas

El jubileo ha sido un tiempo de memoria agradecida y de impulso renovador. En sus discursos, León XIV ha reconocido la «luminosa constelación de carismas» que han configurado una presencia educativa significativa y global, dando vida a escuelas, universidades y centros de formación en todos los continentes. Desde los escolapios de san José de Calasanz hasta los lasalianos, maristas y salesianos, pasando por las congregaciones femeninas que alfabetizaron y dignificaron a generaciones de niñas y jóvenes, la historia de la vida consagrada es una respuesta creativa a los desafíos de cada época mediante innovaciones educativas significativas (enseñanza en lengua vernácula, sistemas preventivos, gratuidad, organización escolar, atención a los más vulnerables).

A través de estas presencias, la Iglesia ha mostrado que la educación es una de las expresiones más altas de la caridad cristiana. La maravillosa contribución histórica de la vida consagrada en la formación de generaciones, así como su vigencia en un panorama educativo fragmentado, son un gesto de esperanza para la humanidad y para la Iglesia.

Durante el jubileo, esta historia se ha podido contemplar no como un museo, sino como una tradición viva. León XIV, en su encuentro con los hermanos de las Escuelas Cristianas nada más comenzar su pontificado, subrayó que «evangelizar educando y educar evangelizando» sigue siendo el núcleo de la misión. Recordó la audacia de san Juan Bautista de La Salle, que respondió a los retos de su tiempo con innovación pedagógica, y pidió a los religiosos que hagan lo mismo hoy: transformar los desafíos en oportunidades para la esperanza. En su homilía por el Jubileo de la Vida Consagrada, el papa invitó a los consagrados a «pedir, buscar y llamar» (cf. Lc 11,9), interpretando

estos verbos como claves para la vida consagrada: pedir en pobreza, buscar en obediencia y llamar en gratuidad, para que la educación sea testimonio contracultural frente a la lógica del poder y del consumo.

«Vivimos saturados de ruido digital y hemos perdido la capacidad de escuchar el corazón», ha dicho el papa, invitando de un modo especial a los consagrados a ser signo y huella para un mundo que necesita recuperar la interioridad como fuente de toda acción educativa. En diferentes momentos y actos jubilares, se han reconocido los cuatro pilares —interioridad, unidad, amor y alegría— que son fundamento antropológico y espiritual de una educación cristiana capaz de integrar verdad, acompañamiento personal y sentido trascendente. Este marco reubica la misión educativa de la Iglesia en su raíz original: la formación integral, no reducida a procedimientos administrativos o meramente técnicos.

En el encuentro con estudiantes por el jubileo del mundo educativo, León XIV lanzó un mensaje profético: «La educación es una herramienta para cambiar el mundo, pero necesita protagonistas». Los jóvenes no son solo destinatarios, sino agentes del Pacto Educativo Global, llamados a ser *truth-speakers* y *peace-makers*, portavoces de la verdad y constructores de paz. La vida consagrada, como ha hecho siempre a lo largo de su historia, tiene la responsabilidad de escucharles y darles voz.

2. Desafíos que nos plantea

El jubileo ha iluminado con claridad los retos que enfrenta la educación católica y, en particular, la vida consagrada que la convierte en misión específica. Son desafíos que no podemos ignorar, porque de su respuesta depende la credibilidad de nuestra propuesta educativa y evangelizadora.

- **Fragmentación cultural y digital.** Vivimos en una sociedad hiperconectada que corre el riesgo de reducir la educación a pantallas y algoritmos, perdiendo su dimensión humana y relacional, generando dispersión y superficialidad, debilitando la capacidad de reflexión y diálogo. La irrupción de la inteligencia artificial y la digitalización exige discernimiento, no mera adaptación. El papa

León nos ha recordado que la tecnología debe integrarse con criterios éticos y espirituales. Para la vida consagrada, esto implica diseñar estrategias que contrarresten la superficialidad cultural mediante espacios de silencio, reflexión, diálogo interdisciplinario y vida interior. Lo digital no puede ser un fin en sí mismo, sino un medio al servicio del proyecto educativo que se inspira en el Evangelio, en continuidad con la audacia que mostraron nuestros fundadores y los consagrados educadores que nos precedieron.

- **Crisis de sentido y esperanza.** Muchos jóvenes viven desorientados, sin horizonte vital. El jubileo nos ha recordado que educar es un acto de esperanza: ayudar a reconstruir la confianza en la vida y en el futuro. Frente a una cultura transhumanista que absolutiza la técnica y olvida la trascendencia, necesitamos ofrecer comunidades coherentes, proyectos significativos y acompañamiento personalizado que motive la búsqueda de verdad, belleza y bien. El papa León ha insistido en incorporar la vida interior al Pacto Educativo Global. Como expertos en espiritualidad, los consagrados estamos llamados a estar en la escuela no solo como docentes o directivos, sino como presencia que da sentido, ayudando a los jóvenes a gestionar su ansiedad, su identidad y sus decisiones.
- **Desigualdad educativa.** Persisten millones de niños sin acceso a educación básica. Esta realidad nos interpela a reavivar nuestro compromiso con la gratuidad y la inclusión, especialmente en contextos de pobreza y migración. La exhortación apostólica *Dilexi te*, presentada en el marco del año jubilar, nos invita a reconocer nuevas formas de pobreza: la de la dignidad, la exclusión, la invisibilidad, la soledad, el descarte digital. El coraje para invertir con valentía en nuestras escuelas, tanto material como humanamente, que nos pedía el papa Francisco, debe ser signo concreto de nuestra consagración y de opción preferencial por los más vulnerables.
- **Individualismo, polarización y crisis ecológica y social.** El jubileo ha vinculado educación y cuidado de la casa común, en sintonía con *Laudato si'*. Formar conciencias capaces de elegir lo justo y lo sostenible es una urgencia. La polarización social, la desinformación y la crisis ecológica exigen propuestas educativas

que integren ética del cuidado, justicia socioambiental, diálogo intercultural y pensamiento crítico. En este contexto, las comunidades de consagrados deben mostrarse como signos de comunión fraterna, capaces de contagiar el valor de la vida compartida en un mundo fragmentado.

3. Caminos que recorrer por la vida consagrada en educación

El año jubilar no se ha quedado en el análisis; nos señala caminos concretos para avanzar con esperanza. No son solo estrategias, sino llamadas a vivir nuestra misión educativa con audacia y fidelidad.

- **Renovar el Pacto Educativo Global.** León XIV ha relanzado esta iniciativa con tres prioridades: educación para la vida interior, uso ético de la inteligencia artificial y educación para una paz desarmada. La vida consagrada debe integrar estas dimensiones en sus proyectos con valentía y creatividad, interpretando la riqueza de cada carisma como oportunidad de encuentro, no como identidad cerrada. Los desafíos pueden llevarnos a respuestas aisladas y competitivas, pero el jubileo nos invita a la comunión y la sinodalidad: compartir buenas prácticas y recursos, promover proyectos conjuntos y crear alianzas que hagan posible una educación inclusiva y de calidad, especialmente donde más se necesita la presencia de la escuela católica.
- **Formación integral.** La educación católica debe abarcar todas las dimensiones de la persona: espiritual, intelectual, afectiva, social y ecológica. No basta con preparar profesionales competentes; necesitamos formar creyentes y ciudadanos responsables, capaces de dar testimonio en el mundo de hoy. Los papas Francisco y León insisten en reafirmar el humanismo cristiano integral, desde un modelo educativo centrado en la dignidad de la persona, concebida como unidad espiritual, intelectual, afectiva, social y corporal. Esta formación integral es un criterio fundamental para evitar reduccionismos tecnocráticos y utilitaristas. Las escuelas promovidas y dirigidas por consagrados deben ser espacios donde se integren fe, cultura y vida, con metodologías que favorezcan silencio, reflexión y escucha, para que los alumnos aprendan a dialogar con Dios y con los otros.

- **Educadores como testigos.** La calidad educativa no depende solo de métodos, sino de personas. El educador cristiano es testigo creíble, capaz de unir competencia y coherencia de vida, mediador cultural y acompañante de procesos. El papa León, en el jubileo de los equipos sinodales, también ha recordado que no nos inspiran los procesos, sino las personas que viven la fe con entusiasmo. A su vez, en la homilía del Jubileo de la Vida Consagrada, hizo una nueva llamada para que los consagrados se reconozcan a sí mismos y se muestren ante el mundo como testigos, como lo fueron nuestros fundadores, evitando reducir el carisma a mero activismo.
- **Presencia en las fronteras.** Como señaló el papa León XIV a los jesuitas, en el encuentro con los superiores mayores de la Compañía, la misión educativa debe llegar a los márgenes y responder a sus retos: migrantes, periferias urbanas, contextos de violencia y exclusión, secularización y pérdida de identidad religiosa, especialmente en contextos donde la fe se diluye. Allí la educación se convierte en signo de esperanza y liberación, porque educar es un verdadero ministerio eclesial.
- **Renovación institucional desde el discernimiento.** La vida consagrada necesita revisar sus estructuras con mirada evangélica, para que sean más simples, transparentes y abiertas a la misión. No se trata solo de responder o adaptarse a los cambios sociales y tecnológicos, sino de hacerlo desde la fidelidad creativa al carisma. La fecundidad educativa no depende de estrategias, sino de la unión con Cristo, que nos centra en el Evangelio y en la primacía de Dios. Desde ahí, los votos religiosos se convierten en un testimonio contracultural que inspira y sostiene la dimensión profética de nuestra misión en la escuela y en la sociedad.

La educación, cuando nace del amor y se orienta a la verdad, es un acto profético que transforma la historia. Este es nuestro desafío y nuestra promesa como consagrados en el mundo educativo: ser coreógrafos de la esperanza, investigadores incansables de la sabiduría, artífices de belleza, constructores de puentes y difusores de concordia.

En este horizonte, la esperanza no es una virtud menor, sino un criterio pedagógico y una tarea compartida: diseñar nuevos mapas para hacer creíble un futuro más humano, más justo, más de Dios. ¿Responderemos con audacia y fidelidad creativa? El jubileo nos invita a pasar de las palabras a la acción.

PEDRO J. HUERTA NUÑO, OSST
Secretario general de Escuelas Católicas

La reconciliación, levadura de esperanza...

«Sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones» (2 Cor 3,3).

El reciente jubileo celebrado por la Iglesia universal nos ha enviado a caminar siendo portadores de esperanza en un mundo, en una realidad social, cultural y eclesial conflictiva; y el avituallamiento principal que nos preparó para el camino fue el perdón, la reconciliación. Sor Simona Brambilla, prefecta del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, nos pidió en su primera intervención durante nuestro jubileo, vivir el propio carisma como el *yobel*, cuerno que anunciaba la libertad, el perdón de las deudas en el año jubilar del pueblo de Israel, y decía a los consagrados y consagradas: «Somos como múltiples *yobel*, cada uno con su sonido único e irrepetible, pero llamados a tocar juntos la sinfonía del Jubileo de la Esperanza». ¿Qué aporta a esta sinfonía la secularidad consagrada, carisma de los institutos seculares inspirado por el Espíritu a mediados del siglo xx? La Iglesia nos reconoció como forma nueva de vivir la consagración a Dios, afirmando la síntesis consagración-secularidad, y nos propuso tres imágenes evangélicas, patrimonio de todo creyente, pero, en nosotras, llamada especial a vivir y estar en el mundo siendo luz, sal, fermento.

Recientemente, en uno de sus mensajes, el papa León XIV nos recordaba que «el reino de los cielos se parece a un poco de levadura que una mujer mezcla con gran cantidad de harina, hasta que fermenta toda la masa» (Mt 13,33). Y aclaraba una cuestión importante: esa levadura de la que Jesús habla eran pequeños trozos de la masa de días anteriores ya fermentados, que, al mezclarse con nueva harina y agua, hacían fermentar todo el conjunto. Dinámica preciosa, que aporta luz a nuestras vidas. Creemos que lo sembrado de Evangelio, aunque no se vea o no se valore, tiene futuro.

He participado en el Jubileo de la Vida Consagrada en Valencia y en Roma, y he recordado a tantas mujeres consagradas seculares,

y también varones, que han sido llamadas por Dios para estar presentes en el entramado social a modo de levadura; levadura recibida de anteriores generaciones, que hoy hemos de introducir en la gran masa de una sociedad multicultural, con visiones diferentes del ser humano, desigualdades, hambre, guerras... Reconciliación a modo de levadura. La experiencia jubilar como consagrada secular ha provocado en mí gratitud a Dios al ver tanto bien derramado en el mundo a través de vidas sencillas, discretas, entregadas totalmente a Dios. Y he presentado también al Señor las «grietas» de una sociedad polarizada ideológicamente y enfrentada, con actitudes de violencia sutil o extrema, para lograr intereses personales o institucionales, una sociedad necesitada de reconciliación, de perdón sincero. Y me he preguntado: ¿cómo impulsar reconciliación a modo de levadura en los corazones de quienes Dios va poniendo en nuestro camino? ¿Cómo interpretar la melodía que se nos pide a los institutos seculares para poder completar la sinfonía del Jubileo de la Esperanza? En primer lugar, es imprescindible acoger en nuestro corazón, en nuestras «entrañas», la reconciliación que Cristo nos regala, destinada a «saldar deudas», a transformar nuestros sentimientos, pensamientos, actitudes, acciones: nuestra realidad secular. Solo entonces, la pequeña porción de nuestra levadura, mezclada con el agua viva, podrá fermentar la harina nueva; nuestra esperanza estará capacitada para ofrecerla a los demás. Desafío importante para mí, para nuestros institutos, para la Iglesia. Nuestra vocación nos sitúa, como lo hizo Jesús, siendo «uno de tantos» entre la gente y con la gente a través del ejercicio de la profesión, trabajos, servicios, relaciones familiares, institucionales y de amistad. ¿Cómo sembrar reconciliación cuando se vive en entornos donde hay resistencia o indiferencia para acoger la buena noticia? El mejor instrumento será la levadura de la alegría: nos sabemos frágiles, pero portadoras de amor reconciliado, capaz de favorecer la cercanía en ambientes seculares e incluso eclesiales.

El reto: permanecer con la certeza de que la masa fermentará. Un elemento característico de nuestro carisma es la diversidad que favorece presencias apostólicas dispersas, pluralidad de formas, de tareas y de servicios; diversidad, incluso *ad intra*, en el propio instituto, y hemos de gestionar la tensión dispersión-comunión-diálogo, experiencia que nos provee para poder llevar levadura de esperanza a otros ambientes.

Lo que he vivido, lo que he rezado durante el jubileo, sintoniza con el encargo que hace la Iglesia al instituto decular Obreras de la Cruz a propuesta de nuestro gundador, el venerable Vicente Garrido Pastor: hacer de nuestra vida una entrega continua al servicio de la reconciliación para con todos, sabiendo que Dios «por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de reconciliar», un reto de por vida que asumo con gratitud inmensa. La experiencia del encuentro jubilar de la vida consagrada en Roma, con tanta pluralidad de formas, rostros envejecidos por la entrega incondicional a los demás y la alegría de rostros jóvenes abriendo caminos de futuro, ha sido la bella sinfonía del Jubileo de la Esperanza que nos pedía Simona Brambilla. Y como recuerdo nos llevamos la fotografía de León XIV y Simona juntos en el centro del gran escenario del aula Pablo VI.

VICENTA ESTELLÉS

Instituto decular Obreras de la Cruz

La vida consagrada, en la pastoral con jóvenes

«Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!» *Spes non confundit*, 12.

Celebrar el día de la vida consagrada es celebrar la riqueza del don que Dios, a través del Espíritu, hace a la Iglesia mediante los diferentes carismas. ¡Qué creatividad la del Espíritu regalándonos tanta diversidad! Una diversidad que está llamada a complementarse, sumar, unir, dar frutos y darlos en abundancia.

El Jubileo de la Esperanza nos abría paso a una serie de reflexiones en las que valoramos la importancia de peregrinar centrándonos en la experiencia del camino, sabiendo que, mientras lo transitamos y, como nos recuerda san Pablo, la esperanza no defrauda (Rom 5,5). Es precisamente el hacer camino una de las claves centrales que rescatamos en la pastoral con jóvenes.

El papa Francisco, en la bula de convocatoria del jubileo, nos recordaba que «también necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los jóvenes». «Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!» (*Spes non confundit*, 12). El papa nos llamaba a poner a los jóvenes en el centro, no solo de nuestra pastoral, sino en el centro de la Iglesia. A que sean —más si cabe— una prioridad, pero no una entre otras tantas, sino central, nuclear. Si realmente ponemos a los jóvenes en el centro, y tomando prestadas palabras de García Lorca, podemos decir que «cuando las cosas [los jóvenes] llegan a los centros, no hay quién las arranque». Y es precisamente así como hemos de estar: los jóvenes en el centro y nosotros cerca de ellos, haciendo camino con ellos sin quitarles el protagonismo.

El año jubilar nos deja muchos motivos para la esperanza en la pastoral con jóvenes, junto a no pocos retos. En este contexto de huellas y desafíos, preguntándonos ¿para quién eres?, se nos pide mantener viva la esperanza, que nos siga movilizándolo, que nos mantenga en camino. Así que cabe preguntarnos en dónde estamos en la pastoral con jóvenes.

Quizá en el inicio de nuestra respuesta hemos de recordar que hace tiempo dejamos de estar en una época de fuertes cambios, y que nos abrimos paso a un cambio de época que ya estamos viviendo, y es un tema para nada baladí. En la Iglesia en general, y en la vida consagrada en particular, lo vivimos desde diferentes dimensiones, y una de ellas es en el enfoque de nuestro trabajo con jóvenes: pasamos de hacer pastoral para ellos a buscar hacerla con ellos. Este cambio de mentalidad, lo vemos bien reflejado en el Nuevo Proyecto Marco de Pastoral con Jóvenes que la Iglesia nos regaló hace unos meses, en el que pasamos de tener como modelo de nuestra pastoral la figura del Buen Pastor, quien va delante guiando el camino, a la imagen del camino de Emaús, en la que se acompaña y se hace camino junto con los discípulos.

La realidad nos pide que salgamos de nuestra zona de confort y vayamos a la zona de aprendizaje. Hace tiempo que ya no nos dirigimos a un grupo homogéneo de jóvenes, sino a jóvenes plurales y diversos, así que ya no basta con trazar un plan. Ahora, siguiendo el pasaje del camino de Emaús, nuestra misión es acercarnos a los jóvenes, interesarnos por ellos y caminar junto a ellos; ofrecerles el Evangelio y caminos de discernimiento para que puedan llegar a descubrir y desarrollar su vocación, dentro de la Iglesia, en el mundo. Al hacerlo, no podemos olvidar que nosotros también necesitamos ser acompañados, necesitamos ser ese caminante de Emaús para, a nuestra vez, poder hacer camino con otros. Dicho con otras palabras, necesitamos cuidarnos a todos los niveles para poder cuidar.

Nuestra preocupación y empeño pasó de trazar un plan sólido a largo plazo a preocuparnos por tener buenos itinerarios de crecimiento en la fe que sean personalizados, flexibles, guiados y acompañados, contruidos entre todos, en donde los jóvenes sean protagonistas, que sean espacios donde puedan compartir sus alegrías e inquietudes, en donde se formen verdaderas comunidades. Esto nos llama indudablemente a crear comunidades vivas, auténticas, en las que nuestro testimonio sea creíble y nuestro anuncio verdaderamente kerigmático, también que vayamos vislumbrando cómo encarnar el kerigma en el lenguaje de los jóvenes como nos pide ChV 211.

Otro aspecto central es el acompañamiento. Nos urge preguntarnos si propiciamos espacios de posibilidad y acompañamiento en un

contexto en el que, en muchos casos, la familia dejó de ser el primer lugar de anuncio y acompañamiento en la fe. Sabemos que no hay anuncio de la buena noticia sin acompañamiento, y la realidad es que nos faltan acompañantes bien formados. Esto, lejos de verlo con pesimismo, hemos de tomarlo como una oportunidad para formar agentes jóvenes de pastoral, comprometidos y enamorados del Evangelio, con quienes podamos acompañar jóvenes de las siguientes generaciones.

Esto nos conduce a sentirnos interpelados por ellos, a escucharlos, a querer ver que, en la sociedad del cansancio de la que habla el filósofo Byung-Chul Han, hay una nueva búsqueda de lo espiritual, de conectar con la trascendencia, y esta búsqueda se da en una realidad plural, en contextos secularizados, en algunos lugares hablamos de una «generación perdida». Estos jóvenes coinciden y conviven con otros que están haciendo camino de crecimiento en la fe, quienes también necesitan ser acompañados. Por cada uno de ellos damos gracias a Dios. Son una gran luz, pero también un gran desafío, ya que nos hacen plantearnos cómo desarrollar los proyectos de pastoral juvenil, integrando explícitamente la dimensión vocacional, poniendo en valor todas las vocaciones de la vida cristiana, sin olvidarnos de la vocación específica a la vida consagrada. Cuando la diversidad es tan grande y el acompañamiento necesita ser mucho más personalizado no podemos hacer otra cosa que adaptarnos a los tiempos que corren y saber dar razón de nuestra esperanza a los diferentes perfiles de jóvenes.

Estamos llamados a ser contagiadores de la buena noticia y organizadores de citas de cada joven con quien es el centro de nuestras vidas: Jesús de Nazaret.

Con todos ellos necesitamos estar, animarnos a caminar con cada uno en la búsqueda de Dios y su voluntad para sus vidas. Si queremos hacerlo bien, de verdad por los jóvenes, estamos llamados a caminar juntos, a compartir experiencias, las que han funcionado y también las que no. Podemos preguntarnos cómo partir de nuestros sueños y deseos y caminar junto con otros carismas y realidades de Iglesia, haciendo que las buenas experiencias tengan continuidad, que nos ayuden a profundizar y a descubrir en la vida de cada uno la profundidad de la experiencia de Dios. Hemos de seguir tomando conciencia de que no todos estamos llamados a todo, y que el conjunto de carismas es una ri-

queza para la Iglesia y para el mundo, nos complementamos. Por ello, es urgente estar dispuestos a sumar, a estar en sintonía, a reconocer que todos a todo no llegamos, pero hemos de acompañar a todos todos. Que los jóvenes a los que acompañamos no se queden solo en lo nuestro a nivel carismático, sino que entren en comunión y hagan comunidad con otros grupos de jóvenes que estén cerca de su zona. Que creen vínculo, que se sepan comunidad y de ahí salga la fuerza para seguir en su camino de vida vocacionada. Es urgente coordinar proyectos conjuntos, nos falta un diálogo más constante y auténtico, con los jóvenes en el centro, un diálogo verdaderamente sinodal, eclesial. Estamos en tiempo de sumar.

Solo con la capacidad de encuentro, de encontrarnos, podemos generar confianza, y solo desde la confianza podemos plantear y compartir preguntas, búsqueda, camino. ¿Cómo nos encontramos con los jóvenes? ¿Estamos dispuestos a dejarnos incomodar por ellos, a cambiar nuestros horarios y estructuras?

No tengamos miedo, como agentes de pastoral con jóvenes no estamos llamados a la perfección, sino a compartir la plenitud de la buena noticia del Evangelio. A ser testimonio creíble de lo que anunciamos. Es el momento de preguntarnos si nuestra propuesta toca verdaderamente sus corazones.

Este tiempo, con sus luces y sus desafíos, es nuestro kairós. Es la oportunidad, es el tiempo oportuno. Os invito a encarnar estas palabras de santa Catalina de Siena, en la vida de cada uno de nosotros, pero también en la vida de cada uno de los jóvenes de nuestro entorno: sé quien Dios te llama a ser y prenderás fuego al mundo. Este fuego solo puede ser el resultado de buscar con paciencia ser la persona que Dios nos creó para ser, con nuestra misión y circunstancias únicas, y perseverar en todo con gran amor. Así que ese fuego es amor... y si es real, la llama del amor crecerá y encenderá a otros. Es descubrirnos a la luz de Dios y florecer. Es saber que soy para Dios en los demás.

MÓNICA MARCO PEÑA, OP

Responsable del área de Pastoral Juvenil Vocacional. CONFER

Retos del Jubileo de la Esperanza a la vida consagrada

El jubileo, en la tradición bíblica y eclesial, es un tiempo de gracia que nos convoca a renovar nuestra relación con Dios, con los hermanos y con la creación. Es una oportunidad para mirar el futuro con esperanza. Para hacer lo de siempre no vale la pena ningún año jubilar. En la actualidad se necesita un ejercicio de sinceridad para revisar la vida religiosa. Supone afrontar tensiones internas, de comunidades y de congregaciones: desánimo, desgaste, crisis de vocaciones, secularización, envejecimiento, tensiones en la vivencia de carismas. Para abordar estos temas es necesaria la conversación en el espíritu que trae el sople sinodal. Ante esta realidad varios son los retos que nos dejado este año jubilar:

1. Retos jubilares al carisma: volver a las fuentes y fidelidad al carisma

El papa Francisco, en la bula de convocatoria al jubileo, nos invita a la conversión personal. Para los consagrados supone recuperar las raíces espirituales, comunitarias y apostólicas, es volver al primer amor: «Tengo contra ti que has abandonado tu amor primero» (Ap 2,4). Puede ser ocasión de dejarse interpelar por el carisma fundacional, revitalizar la formación, revisar la espiritualidad, fortalecer la comunión interior y exterior. Es recuperar ese primer sople que recibimos del Espíritu y que nos llevó a nuestra congregación.

El jubileo es una oportunidad para redescubrir nuestras raíces; purificar nuestras motivaciones, por qué estamos en nuestra congregación; revisar si nuestro carisma responde a las necesidades del mundo de hoy y si vivimos con radicalidad nuestros orígenes fundacionales. No es nostalgia, sino fidelidad carismática. Es vivir con coherencia nuestro espíritu fundacional, actualizando el carisma para el hoy de la Iglesia, más allá de modas y tendencias sociales.

2. Retos jubilares al futuro: renovación de vida y estructuras

Desde hace tiempo venimos escuchando lo siguiente: reforma de vida y estructuras de las congregaciones religiosas; unión de provincias; en

algunos casos, unión de congregaciones con carismas similares o cercanos. Es cierto que las circunstancias actuales de la vida religiosa están cambiando la forma de vida y organización interna. La Iglesia, y por lo tanto la vida religiosa, está llamada al discernimiento de sus estructuras y formas de vivir nuestra consagración. «Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador, igualmente las estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga» (EG 26). ¿Nuestras estructuras sirven?

Es un reto importante, supone valentía para dejar atrás formas caducas, dejar atrás el «siempre ha sido así», ahora no aportan nada a la vida comunitaria ni a la misión. Es bueno preguntarse ¿qué quiere Dios hoy de nuestra congregación religiosa? Nos llevará a definir estilos de vida religiosa y comunitaria, modelos de gobierno, más cercanos y más sinodales, relaciones internas, ritmos y estructuras de vida comunitarias y opciones pastorales. Se necesita valentía para revisar nuestras obras y los lugares en que estamos, preguntarnos el qué cambiar, qué eliminar, o qué crear.

3. Retos jubilares a la vida comunitaria: renovar la fraternidad

La comunidad es algo más que una vida en común, es más que una norma canónica. Es un lugar teológico, donde mi hermano de comunidad no es alguien que vive conmigo, sino el mismo Cristo que quiere compartir su vida en comunidad. Un fruto importante y que está en constante renovación es la vida comunitaria, la vida fraterna. El jubileo ha sido un tiempo privilegiado para sanar heridas y tensiones entre miembros de una misma comunidad. Un tiempo para valorar la diversidad y multiculturalidad de nuestras comunidades, donde abracemos las diferencias generacionales y geográficas.

A través de un diálogo sincero, de escucha y humildad, la vida consagrada tiene que ser capaz de volver al ideal comunitario: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común» (Hch 2,44). Una vida que nos llevará a renovar la confianza mutua, la corrección fraterna, en un clima de acogida misericordiosa, donde cada religioso pueda experimentar el perdón y la reconciliación. El jubileo nos empuja a tener una mirada larga, cargada de esperanza.

4. Retos jubilares al testimonio religioso: voz profética

El jubileo es una ocasión para recuperar la radicalidad evangélica, para ser testimonio vivo y creíble de Dios en un mundo herido y necesitado. La vida religiosa está llamada a ser voz profética desde el testimonio, más que desde el discurso, desde la denuncia más que desde conformismo. El mundo escucha menos los discursos y valora más los testimonios de vida. El papa Francisco decía: «El mundo sigue más a los testigos que a los maestros y si siguen a los maestros es porque antes son testigos», o el encargo que dio san Francisco de Asís a sus frailes: «Salid y anunciad el Evangelio y si es preciso utilizad la palabra», lo importante era el testimonio, la vida.

El jubileo pide a la vida consagrada renovación, sin diluir su identidad: «La mundanidad espiritual es la gran amenaza para la vida consagrada» (EG 93). Ser voz profética exige movilidad interior y exterior, creatividad pastoral y valentía. Exige decisión para abandonar o transformar las obras que ya no expresan vida, que no son testimonio del carisma. La profecía no siempre es bien recibida ni entendida: dentro de la congregación hay inmovilismo y resistencia al cambio, y fuera esa voz profética se vuelve incómoda.

5. Retos jubilares a la pastoral carismática: repensar la misión

El jubileo ha llamado a salir, a hacerse cercana y solidaria a la vida religiosa con los «signos que el Señor nos ofrece», como nos decía el papa Francisco en la bula *Spes non confundit*, 7. Es en estos signos de los tiempos (8-15), donde se hace realidad el carisma de cada congregación religiosa. Las palabras de san Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9,16), nos llevan a preguntarnos si nuestra comunidad y nuestra congregación anuncian el Evangelio. No todo es anuncio. Hay congregaciones para las que todo vale: todo es pastoral, compromiso, carisma. Mantenemos actividades y estructuras, que son las de siempre, pero que resultan cómodas a la congregación.

Es bueno que nos preguntemos si la pastoral de la congregación responde a esos signos de los tiempos, que el papa Francisco quiere que se conviertan en los signos de esperanza de que nos habla en la bula: lucha por la paz, lucha por la vida; esperanza para los presos,

enfermos, jóvenes, inmigrantes, ancianos, pobres. Si en nuestra misión no se recoge ninguno de los signos de esperanza que nos presenta el papa, debemos replantearnos nuestra misión evangélica.

6. Retos jubilares en el cuidado de la casa común

El jubileo nos lleva a un comienzo nuevo, a un nuevo estilo de vida, que también afecta a la ecología integral y al cuidado de la casa común. La vida religiosa, por su estilo de vida comunitaria, está llamada a ser laboratorio de esperanza ecológica, donde se revisen estilos de vida sobrios y solidarios, que sean testimonio de compromiso ecológico. Es necesario incorporar criterios de sostenibilidad y ahorro, donde se fomente un consumo responsable, inversiones éticas y se instale energía renovable en nuestras comunidades y obras apostólicas. Hay ya muchas experiencias en este campo.

Por otro lado, las comunidades religiosas deben convertirse en espacios de reflexión, formación y denuncia ecológica: el papa Francisco ha repetido en numerosas ocasiones que las catástrofes naturales las sufren los pobres, eso hace que la vida religiosa esté llamada a denunciar las estructuras que destruyen la creación, a dar voz a los pobres afectados. La esperanza jubilar es inseparable de la denuncia ambiental y del cuidado de la creación.

7. Retos jubilares para una reconciliación eclesial: *mutuas relationes*

Hay mucho camino por andar. Más que *mutuas relationes*, necesitamos recorrer el camino de la «mutua confianza». Las relaciones pueden darse, pero si no hay confianza, esas relaciones son estéticas, pero no éticas, son formales, pero no eclesiales, porque se asientan en unas relaciones de desconfianza. Necesitamos pasar de una coordinación jurídica a una comunión sincera. Es necesario una escucha mutua y una corresponsabilidad pastoral. Clarificar el debate entre autoridad diocesana y derecho del instituto, sobre todo el derecho pontificio. La vida religiosa debe ser generosa y superar la «autorreferencialidad carismática», y ponerlo al servicio de la Iglesia local. Abrirse a participar en estructuras parroquiales, diocesanas y nacionales que, desde el carisma,

enriquezcan la misión de la Iglesia. Hay muchas instancias eclesiales donde, todavía, las voces consagradas no existen o son marginales.

8. Retos jubilares: la sinodalidad, camino de reconciliación en la vida religiosa

El jubileo se ve enriquecido por el Sínodo, donde se destaca la importancia de la vida religiosa como una riqueza espiritual para la Iglesia, subrayando su papel profético y su contribución a la sinodalidad. Nos lleva a confrontar las estructuras de gobiernos con la propuesta sinodal de una Iglesia en escucha y centrada en el discernimiento a la luz del Espíritu. Pero también nos empuja a buscar un gobierno más horizontal y menos vertical, más de escucha que de decisión unipersonal, más de comunión que de ejecución.

El documento final del Sínodo señala que la sinodalidad es una oportunidad para profundizar en la vocación profética de la vida religiosa y en su capacidad de vivir en comunión y misión. La sinodalidad permite a las comunidades religiosas fortalecer prácticas como el discernimiento en común, la armonización de los dones individuales y la colaboración en la misión compartida.

✠ FLORENCIO ROSELLÓ AVELLANAS, O. DE M.
Arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela

Personas. Carismas. Misión

El lema de esta Jornada de la Vida Consagrada de 2026 nos recuerda fuertemente la celebración del Congreso de Vocaciones «¿Para quién soy? Asamblea de llamados para la misión», hace ahora un año. En aquel encuentro festivo y gozoso, al estilo de un «nuevo Pentecostés», sentimos cómo el Espíritu de Jesús nos envió, nuevamente, a seguir ofreciendo la buena noticia del Evangelio, con la confianza de saber que Dios, también hoy, sigue llamando y que cada persona, a pesar de los ruidos de nuestro tiempo, puede responder con generosidad. Una respuesta que abre un horizonte de vida para quien se ponga a la escucha del Espíritu y se atreva a decir, con la Virgen María, madre de la vocación: «Hágase en mí, según tu Palabra» (Lucas 1,38).

Cada consagrado, cada consagrada, cada institución y ¡todos juntos!

Después de la preparación del precongreso, con los documentos de trabajo más las fichas para el discernimiento, y tras lo vivido en los días del Congreso de Vocaciones en el Madrid-Arena, *se abre el tiempo del poscongreso*, en el ya cual intuimos una primera respuesta a la pregunta que nos ha acompañado en estos meses pasados: «¿Para quién soy?» (*Christus vivit*, 286): «Para el Señor, en los hermanos», que fue el lema de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y Vocaciones Nativas del curso pasado.

Ahora damos un paso más con la Jornada de la Vida Consagrada pues es la primera vez que la celebramos en esta etapa del poscongreso. Y lo hacemos con responsabilidad. Una tarea que recae, en primer lugar, en *cada consagrado (personas)*, viviendo como «discípulo misionero» en su vida cotidiana, en la búsqueda o desarrollo de su vocación concreta. También es responsabilidad de *cada institución (carismas)* en nuestra Iglesia, discerniendo cómo dar un renovado impulso a la pastoral vocacional en su ámbito particular. Y a la vez, es responsabilidad de *todos, buscando lo que podemos ir haciendo juntos (misión)*, en sinodalidad, dentro del marco y realidad de las Iglesias particulares, entre los diversos ministerios, servicios, dones y carismas.

Por tanto, esta etapa del Pos-Congreso de Vocaciones y la Jornada de la Vida Consagrada de 2026 nos ofrece este indicador: «Todos por todos» para responder al don y a la tarea de la pastoral de la llamada: cómo generar una *cultura vocacional* que favorezca el reto de plantear *la vida como vocación*, y cómo *ofrecer y promover todos los caminos vocacionales y de consagración en nuestra Iglesia*.

¿Para quién soy? Personas

La gran multitud de consagrados y consagradas nos revela la vocación como una llamada interior profunda a cualquier persona. Y, aunque son muchos los hombres y mujeres que viven de la agitación de lo apostólico al sosiego de la contemplación, la vida religiosa no es una profesión o rol externo; es una llamada interior, una *invitación de Dios que conduce a cada persona* hacia su misión única. No basta con «escoger» algo. Se trata de «descubrir» lo que Dios quiere de cada uno. La vocación es también parte del desarrollo humano pleno y auténtico, de la madurez afectiva y espiritual. No se trata de escapismo, sino de realización de la persona en su dimensión más profunda. Cada persona es una vocación.

El Congreso de Vocaciones fue un acontecimiento eclesial que intentó sintetizar la tensión interior de dos dimensiones de la vocación: la nostalgia y la profecía.

La *nostalgia*, tan bien desarrollada en la ponencia inicial, hace eco de ese anhelo de plenitud, sentido, trascendencia. Y la *profecía*, como aportación de la ponencia final, es la respuesta comprometida, audaz, creativa, a ese anhelo mediante un seguimiento vital.

Así pues, la vocación parte del deseo profundo del alma de cada persona, pero su realización es un camino de fidelidad, esperanza, riesgo y «consagración a las exigencias radicales del Evangelio».

¿Para quién soy? Carismas

El Congreso de Vocaciones fue, sin duda, «una asamblea de llamados integradora» de todas las comunidades, ministerios, carismas y consagraciones que enriquecen la vida religiosa.

La ponencia inicial del primer día dio voz a las muchas aportaciones que consagrados y comunidades hicieron en los trabajos previos de preparación. Casi todas sintetizan que la «renovación de la vida consagrada ha de hacerse desde su carisma», no con fórmulas externas, sino volviendo a la raíz: «Al carisma propio, a la espiritualidad esencial».

En este esfuerzo de innovación «la animación vocacional se convierte en palanca de esa renovación, en espacio de renovación», como señalaba la ponencia final que además nos propone una pastoral paciente, centrada en el acompañamiento personalizado y en la creación de contextos comunitarios donde la vida consagrada recupere su fresca carismática, que supere los modelos tradicionales de promoción vocacional.

Otra de las aportaciones es: «Recuperar el carisma de la escucha, el acompañamiento, la formación y la paciencia». Ciertamente que la llamada vocacional no se resuelve de inmediato. Requiere un acompañamiento maduro (psicológico, espiritual, comunitario) y paciencia: como «el sembrador que no busca frutos inmediatos» (Mateo 13,1-23). La vocación de especial consagración, evidentemente, puede tardar en madurar, y su cultivo implica fidelidad, discernimiento, escucha.

¿Para quién soy? Misión

Lo mismo que el Congreso de Vocaciones, el lema de la Jornada de la Vida Consagrada nos congrega en torno a la pregunta: «¿Para quién soy yo?». Ya sabemos la respuesta. Sabemos que el que nos la da da la vida por nosotros y nos envía el Espíritu Santo para que podamos vivir la respuesta: «Para el Señor en los hermanos». ¡Esa es nuestra misión!

Esta respuesta vocacional es la que mueve toda la vida cristiana, a toda la Iglesia y promueve todas las vocaciones en la Iglesia. No solo los que participaron del Congreso, sino que todos todos todos somos embajadores de este compromiso: «Hacer lo posible para que la llamada al envío misionero sea secundada y hacer de nuestra Iglesia una Iglesia vocacional y misionera» (ponencia final).

Por tanto, este es un compromiso urgente que hoy llega a nuestras familias, barrios y parroquias, pueblos y ciudades; también a congregaciones e instituciones apostólicas, diócesis y organismos eclesiales;

pero, sobre todo, es una llamada a todos los que hemos podido vivir esta fiesta del Espíritu y nos toca dar continuidad en nuestras realidades. ¡También los consagrados!

En Jesús hemos sido bautizados en el Espíritu Santo y en el fuego. No lo olvidemos nunca. El Señor arde de amor por todos, sin excluir a nadie, y quiere que todos nos contagiemos este fuego vivo para poder contagiar a otros. Ese fuego es la evangelización a la que como bautizados hemos sido convocados, que no es otra cosa que llevar al mundo el fuego que Jesús vino a traer a la tierra. Él nos ilumina con su presencia y su poder y, solo así, nos convertimos en fuego que calienta e ilumina a todos los que encontramos. La Iglesia misionera es una Iglesia vocacional. Estamos llamados a transmitir el fuego vocacional.

La Jornada de la Vida Consagrada en esta etapa del poscongreso nos transmite este ardor vocacional: la vida religiosa habla por sí misma regalándonos a sus consagrados en el gozo y la alegría de habitar en el ser, en la comunión y en el servicio a la humanidad. La vocación de especial consagración se convierte en misión y testimonio: «Una existencia configurada por lo esencial, que ilumina a otros».

Feliz seas, Iglesia misionera y vocacional por los consagrados. Queremos dar gracias a Dios por la riqueza de la vocación consagrada. Queremos dar gracias a Dios por los religiosos y religiosas, monjes de monasterios, vírgenes consagradas, institutos seculares, nuevas formas de vida consagrada. La vida religiosa tiene un valor de signo porque prefigura los bienes del cielo, dando testimonio de la vida eterna, proclamando la trascendencia de Dios, y la vida configurada con Cristo. En el corazón late un amor que llamamos caridad perfecta.

✠ SERVICIO DE PASTORAL DE LA VOCACIÓN DE LA CEE

PARA ORAR Y AGRADECER...



...Unidos a él, y en él entre ustedes, sus pequeñas luces se convierten en el trazado de un camino luminoso en el gran proyecto de paz y salvación que Dios tiene para la humanidad. Por eso, a ustedes, hijas e hijos de fundadores y fundadoras, les dirijo una cálida exhortación a «volver al corazón», como el lugar en el cual redescubrir la chispa que animó los inicios de su historia, entregando a quienes les precedieron una misión específica que no pasa y que hoy se les confía a ustedes. En efecto, es en el corazón donde se produce la «paradójica conexión entre la valorización de uno mismo y la apertura a los demás, entre el encuentro personalísimo con uno mismo y el don de uno mismo a los demás» (Francisco, carta enc. *Dilexit nos*, 18). Es en la interioridad, cultivada en la oración y en la comunión con Dios, donde echan raíces los mejores frutos del bien según el orden del amor, en la plena promoción de la singularidad de cada uno, en la valorización del propio carisma y en la apertura universal de la caridad...

Solo así podrán ser, en los diversos ambientes en los que viven y trabajan, constructores de puentes y difusores de una cultura del encuentro en el diálogo, en el conocimiento recíproco, en el respeto por las diferencias, con esa fe que les hace reconocer en cada ser humano un único rostro sagrado y maravilloso: el de Cristo.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Aula Pablo VI

*Viernes, 10 de octubre de 2025
Jubileo de la Vida Consagrada*

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

*Plaza de San Pedro
Jueves, 9 de octubre de 2025*

«Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá» (Lc 11,9). Con estas palabras, Jesús nos invita a dirigirnos con confianza al Padre en todas nuestras necesidades.

Nosotros las escuchamos en el marco de la celebración del Jubileo de la Vida Consagrada, que los ha reunido aquí en gran número, venidos desde muchas partes del mundo —religiosos y religiosas, monjes y contemplativas, miembros de los institutos seculares, los pertenecientes a la Orden de las Vírgenes, eremitas y miembros de «nuevos institutos»— que, llegados a Roma para vivir juntos la peregrinación jubilar, para confiar nuestra vida a esa misericordia de la cual, a través de la profesión religiosa, se han comprometido a ser signo profético, porque vivir los votos es abandonarse como niños en los brazos del Padre.

«Pedir», «buscar», «llamar» —los verbos de la oración usados por el evangelista Lucas— son actitudes familiares para ustedes, habitados por la práctica de los consejos evangélicos a pedir sin exigir, dóciles a la acción de Dios. No es casual que el Concilio Vaticano II hable de los votos como un medio útil «para traer de la gracia bautismal fruto copioso» (const. dogm. *Lumen gentium*, 44). «Pedir», de hecho, es reconocer, en la pobreza, que todo es don del Señor y dar gracias por todo; «buscar» es abrirse, en la obediencia, a descubrir cada día el camino que debemos seguir para alcanzar la santidad, según los designios de Dios; «llamar» es pedir y ofrecer a los hermanos los dones recibidos con corazón puro, esforzándose en amar a todos con respeto y gratuidad.

Podemos leer en este sentido las palabras que Dios dirige al profeta Malaquías en la primera lectura. Él llama a los habitantes de Jerusalén «mi propiedad exclusiva» (Mal 3,17) y dice al profeta: «Tendré compasión de ellos, como un hombre tiene compasión de su hijo» (*ibid.*). Son expresiones que nos recuerdan el amor con el que el Señor, al llamarnos, nos ha precedido: una ocasión, en particular para ustedes, para

hacer memoria de la gratuidad de su vocación, comenzando desde los orígenes de las congregaciones a las que pertenecen hasta el momento presente, desde los primeros pasos de su itinerario personal hasta este instante. Todos nosotros estamos aquí, ante todo, porque él nos ha querido y elegido desde siempre.

«Pedir», «buscar», «llamar», entonces, quiere decir también mirar hacia atrás la propia existencia, trayendo a la mente y al corazón todo lo que el Señor ha realizado, a lo largo de los años, para multiplicar los talentos, para acrecentar y purificar la fe, para hacer más generosa y libre la caridad. A veces esto ha sucedido en circunstancias alegres, otras veces por caminos más difíciles de entender, tal vez a través del crisol misterioso del sufrimiento. Siempre, sin embargo, en el abrazo de esa bondad paternal que caracteriza su actuar en nosotros y a través de nosotros, por el bien de la Iglesia (cf. const. dogm. *Lumen gentium*, 43).

Y esto nos lleva a una segunda reflexión, sobre Dios como plenitud y sentido de nuestra vida: para ustedes, para nosotros, el Señor es todo. Lo es en distintos modos, ya sea como creador y fuente de la existencia, como amor que llama e interpela, como fuerza que impulsa y anima a la donación. Sin él nada existe, nada tiene sentido, nada vale, y el «pedir», «buscar» y «llamar» de ustedes, tanto en la oración como en la vida, hacen referencia a esta verdad. San Agustín, a este propósito, describe la presencia de Dios en su existencia con imágenes bellísimas. Habla de una luz que trasciende el espacio, de una voz que no se ve abrumada por el tiempo, de un sabor que nunca se ve empañado por la voracidad, de un hambre que nunca se apaga con la saciedad, y concluye: «Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios» (san Agustín, *Confesiones*, 10,6.8). Son palabras de un místico, y aun así nos resultan cercanas, pues manifiestan la necesidad de infinito que habita en el corazón de todo hombre o mujer de este mundo. Precisamente por esto la Iglesia les confía la tarea de ser, con su despojarse de todo, testigos vivos del primado de Dios en su existencia, también ayudando lo más que puedan a los demás hermanos y hermanas que encontrarán para cultivar su amistad con él.

Por lo demás, la historia nos enseña que de una experiencia de Dios brotan siempre impulsos generosos de caridad, como ha sucedido en la vida de sus fundadores y fundadoras, hombres y mujeres enamorados

del Señor y por eso dispuestos a hacerse «todo para todos» (1 Cor 9,22), sin hacer distinciones, en los modos y ámbitos más variados.

Es verdad que también hoy, como en tiempos de Malaquías, hay quienes dicen: «Es inútil servir a Dios» (Mal 3,14). Es un modo de pensar que lleva a una auténtica parálisis del alma, por la cual uno se contenta con una vida hecha de instantes fugaces, de relaciones superficiales e intermitentes, de modas pasajeras, todas ellas, cosas que dejan vacío el corazón. Para ser verdaderamente feliz, el hombre no necesita de eso, sino de experiencias de amor consistentes, duraderas, sólidas, y ustedes, con el ejemplo de su vida consagrada, como los árboles exuberantes de los que hemos cantado en el salmo responsorial (cf. Sal 1,3), pueden difundir en el mundo el oxígeno de ese modo de amar.

Hay sin embargo una última dimensión de su misión sobre la que quisiera detenerme. Hemos escuchado al Señor decir a los habitantes de Jerusalén: «Brillará el sol de justicia que trae la salud en sus rayos» (Mal 3,20). Es decir, los invita a esperar en la realización de su destino que va más allá del presente. Esto evoca la dimensión escatológica de la vida cristiana, que nos quiere comprometidos en el mundo, pero al mismo tiempo constantemente orientados hacia la eternidad. Es una invitación a que ustedes extiendan el «pedir», el «buscar» y el «llamar» de la oración y de la vida al horizonte eterno que trasciende las realidades de este mundo, para orientarlas hacia el «domingo sin ocaso en el que la humanidad entrará en tu descanso» (*Misal Romano*, Prefacio X dominical del Tiempo ordinario). El Concilio Vaticano II, al respecto, les confía una misión específica, cuando afirma que los consagrados están llamados en modo particular a ser testigos de los «bienes futuros» (cf. const. dogm. *Lumen gentium*, 44).

Queridos hermanos y hermanas, el Señor, al que han dado todo, les ha correspondido con tanta hermosura y riqueza, y yo quisiera exhortarlos a atesorarlas y a cultivarlas, evocando como conclusión algunas expresiones de san Pablo VI:

Conservad —escribía a los religiosos— la sencillez de los «más pequeños» del Evangelio. Sabed encontrarla en el íntimo y más cordial trato con Cristo o en el contacto directo con vuestros hermanos. Conoceréis entonces «el rebosar de gozo por la acción del Espíritu Santo» que es de aquellos que son

introducidos en los secretos del reino. No busquéis entrar a formar parte de aquellos «sabios y prudentes», [...] para quienes tales secretos están escondidos. Sed verdaderamente pobres, mansos, hambrientos de santidad, misericordiosos, puros de corazón; sed de aquellos, gracias a los cuales el mundo conocerá la paz de Dios (san Pablo VI, exhort. ap. *Evangelica testificatio*, 54).

ORACIÓN DE LA XXX JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

2 de febrero de 2026

Padre que estás en el cielo,
que nos amas, nos llamas y convocas junto a tu Hijo
para ser tus humildes testigos de esperanza
en este mundo nuestro tan complejo y convulso,
haz que trabajemos en sinodalidad, por la unión
y la comunión, fundamentos de la verdadera fraternidad.

Siguiendo a tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano y Señor, que
nos lanza a la caridad creativa y a la ofrenda alegre
en el cada día, ilusionados porque está con nosotros y es nuestro
compañero de camino,
que el soplo de tu Espíritu Santo infunda y despierte
a la vida consagrada,
la transforme en profecía social, levadura de paz y justicia
en medio de tantas heridas; y que no dejemos de preguntarnos:
«¿Para quién eres?».

Y así construyamos el «nosotros» que te agrada,
que sabe a frescura evangélica y a calor de pan compartido,
junto al vino de la misericordia.

De la mano de tu Madre y madre nuestra,
siempre atenta a las necesidades de sus hijos e hijas.
Amén.

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

